

Los negocios de la política

Por Jorge Praga

El Norte de Castilla | 2010

El estadounidense William Kennedy publicó en su país *Roscoe, negocios de amor y guerra* en 2002, al final de una larga carrera que le ha deparado un amplio reconocimiento sintetizado en el premio Pulitzer de 1984. En España su traducción ha esperado hasta 2010 y, mientras entraba en los escaparates, la atención mundial estaba centrada en las elecciones estadounidenses a la Cámara de Representantes y al Senado, evaluando las dificultades de Barack Obama para mantener la mayoría frente al ascenso conservador del Partido Republicano y su deriva del Tea Party. Si se anota ese marco real es porque el tema ficcional de la novela de Kennedy es también la política estadounidense, aunque en un ámbito más local. Su omnipresente protagonista, Roscoe Owen Conway, lleva toda su vida viviendo por y para ella desde el Partido Demócrata, y la narración se enhebra en una mirada retrospectiva sobre la biografía del personaje y los hechos públicos que la acompañan.

Pero lo llamativo es que el paralelismo entre lo que nos dejan las páginas de la novela y las de los periódicos se agota en algunos nombres propios y en ciertos resortes técnicos. Mientras que en nuestro imaginario de actualidad las distintas opciones de la lucha electoral están separadas y enfrentadas por la barrera insalvable de la ideología, en la novela de Kennedy ningún político se siente preocupado por estas etiquetas. Sus proyectos sociales, sus ideas sobre la organización colectiva prácticamente no aparecen. La política es exclusivamente la lucha por el poder y el dominio de los mecanismos ineludiblemente sucios que hay que lograr para alcanzarlo y mantenerlo, y nada más. Triunfa el más listo, el más hábil, y no el que menos escrúpulos tenga, pues todos carecen de ellos.

William Kennedy escoge como marco de la acción su ciudad natal, Albany, en el Estado de Nueva York, donde también transcurren otras novelas suyas. Arranca en 1945, pero el columpio de la biografía de Roscoe le permite recorrer la primera mitad del siglo XX. Albany es un microcosmos -me es imposible imaginar a un escritor de Valladolid inventando durante 400 páginas la política local donde se reflejan los principales hechos del país, a manera de sinécdoque geográfica y social: la ley seca, el negocio de los prostíbulos y las apuestas, el crack de la Bolsa en el 29, la masacre de los jóvenes en las trincheras de la Gran Guerra. Y todo con la espina dorsal de la política, que se mezcla en cualquier asunto de la ciudad: política y riqueza, política y negocios, política y sexo, política y amistad, incluso política y peleas de gallos en un memorable capítulo de acciones paralelas: «Las aves, criadas para el combate, no luchaban ni por Dios ni por la gloria, ni por alimento ni por amor. Luchaban para conquistar al otro, para imponer la muerte antes de que se la impusieran. Roscoe pensaba que era igual que en la política, pero sin la sangre. Bien, a veces sí que había sangre».

Kennedy dibuja este mapa con naturalidad, sin atributos cínicos para los personajes ni desvelamiento de secretos profundos en la trama. Así funciona desde hace varias generaciones la carrera electoral de los partidos, se nos viene a decir. La matriz casa perfectamente con el estilo literario: ágil, periodístico, contundente, con diálogos rápidos y acción incansable, tal vez excesiva, pues multiplica situaciones y personajes hasta desorientar al lector, que apenas si tiene un tronco narrativo al que aferrarse en las constantes subidas y bajadas por el tiempo de Albany. Sí puede contar con la brújula de Roscoe, un político solitario al final de su carrera, en la que

curiosamente nunca ha querido ningún cargo, aferrado a la fontanería del cuarto de atrás y fiel a los consejos que le dejó su padre como herencia, un aire de Maquiavelo virado hacia Corleone: «La ciudad no puede vivir sin vicio... Si alguien quiere hacer negocios en la ciudad, el treinta por ciento de comisión para nosotros... Hazte amigo de los millonarios y dales lo que necesiten... Descubre quién está muerto y quién se está muriendo, que es como si estuviera muerto, y utiliza sus votos. Hay un montón de muertos y nunca se quejan».